

La liga

Treinta clubes de primera y segunda división del fútbol español han advertido de la posibilidad de no iniciar la próxima temporada. Quieren más dinero de las televisiones. Lo necesitan para pagarle cifras multimillonarias a los jovencitos que juegan en sus equipos, para abonar finiquitos de vértigo a multitud de entrenadores cesados y para pagarle a los bancos los intereses de sus enormes deudas. Las televisiones de pago se han dado cuenta ahora de que los aficionados no están para tirar dinero o, si lo están, de que prefieren gastárselo en cervezas y ver el partido en el bar, con los amigos. Así que se han visto obligadas a fusionarse y, ante el peligro real de quiebra inminente, han decidido no cubrir con su magro presupuesto las alegrías desproporcionadas de los clubes. Sólo ofrecen dinero bastante para los grandes, que son los que generan los recursos; para los demás, el ofrecimiento es muy inferior a lo previsto.

La amenaza es, ciertamente, terrible. Un año sin fútbol es mucho peor que una noche sin televisión. ¿De qué discutiríamos los lunes en el trabajo? ¿De qué hablarían las emisoras de radio después de la medianoche? ¿En qué pensaríamos, entonces, si no tenemos costumbre de pensar en otra cosa? Ante la falta de alimento espiritual, los españoles iríamos deambulando por ahí como almas en pena. Y, claro, eso no lo puede consentir el Gobierno. Como ya hacen algunos ayuntamientos o las televisiones de las comunidades autónomas, acabaría poniendo dinero de todos por razones de interés general. Así, jugadores y entrenadores tendrían sus millones de euros, los bancos seguirían cobrando sus intereses y nosotros dispondríamos de nuestra ración de opio.

Juan Bosco Castilla